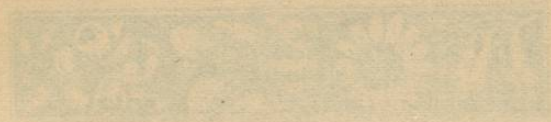


segun me heba notado en el primer acto.  
 que habia algun dia que me acordaba de  
 haber estado en el teatro con un amigo  
 de la familia de mi madre.  
 Antes de esto habia estado en el teatro  
 en un dia de que me acordaba de haber  
 estado en el teatro con un amigo de la  
 familia de mi madre.  
 Para acabar de decir que me acordaba  
 muy con claridad de haber estado en el  
 teatro con un amigo de la familia de mi  
 madre.  
 Y este es el fin de esta historia.



En este punto de la historia...



“ANGELINA.”

ESTUDIO CRITICO.

Este estudio critico...



AS letras patrias han sido enriquecidas recientemente con una nueva novela del Sr. D. Rafael Delgado, publicada en las páginas literarias de "El Tiempo" é intitulada ANGELINA.

Comienza por decirnos el Sr. Delgado que su novela no será "*tendenciosa*;" que al escribirla, solamentente ha querido proporcionar á sus lectores honesto esparcimiento, sin plantear ni resolver problema alguno.

Ya con esta advertencia, quedamos enterados de que el autor cultiva *el arte por el arte*, y que al publicar sus novelas, no

tiene otro propósito que deleitar á sus lectores por medios puramente estéticos, dejando á otros novelistas que resuelvan ó procuren resolver cuestiones morales, políticas, psicológicas ó de otro orden, y aun intenten convertir el arte de novelar en ciencia experimental, como presumen hacerlo algunos, movidos de ambición más desacordada que generosa.

Sin que yo afirme que la novela ha de ser siempre docente y trascendental, si creo que al tramar todo novelador su fábula, si no asienta explícitamente alguna tesis, al menos deja que se trasparente, y establece además los antecedentes necesarios para llegar sin tropiezo hasta la conclusión que desea él que se infiera. Nada de esto obsta, para que el poeta realice por los procedimientos que le parezcan más adecuados, otro fin puramente estético, sin el cual no se concibe ninguna obra artística. Y así el eminente autor de las Ilusiones del Doctor Faustino, que por confesión propia, no ve en la novela sino una obra de entretenimiento; ordena sin embargo al logro de un fin moral la acción y desenlace de la fábula, y quiere que su protagonista sea “como

“ muestra de lo que puede viciarse y tor-  
“ cerse un claro entendimiento y una vo-  
“ luntad sana con las que vulgarmente se  
“ llaman ilusiones; esto es, con un concep-  
“ to demasiado favorable de sí mismo, con  
“ la persuasión de que los propios mereci-  
“ mientos deben allanarnos el camino para  
“ el logro de toda esperanza ambiciosa, y  
“ con la creencia de que el grande hombre  
“ está en nosotros en germen, y de que  
“ siendo así, sin perseverancia, sin traba-  
“ jos, sin esfuerzos incesantes, sino lleva-  
“ dos de la propia naturaleza, hemos de  
“ trepar á todas las alturas y rodearnos del  
“ fulgor inmortal de toda gloria.” (1)

Miguel de Cervantes Saavedra, al producir el Quijote, no sólo dió ser á una de las creaciones más maravillosas de la fantasía, sino que esa creación suya, que ni tuvo original ni ha tenido copia, es el modelo más acabado de generosidad y desprendimiento, de valor y de virtud. Y no parece aventurado afirmar que el fin moral intentado por Cervantes, se halla contenido

---

(1) Ilusiones del Doctor Faustino, tomo II, cap. XXIX.

en estas palabras que dirige D. Quijote á su escudero: "Así, oh Sancho, que nuevas obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia: á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que vemos; á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanza que consigo trae la buena fama." (1)

No puede ponerse en duda que al arte toca como fin principal realizar la Belleza, ya purificando y ennobleciendo á la naturaleza que copia ó imita; ya transfundiendo en la materia los ideales que la inspiración

---

(1) Quijote. Parte II, cap. VIII.

sugiere al genio; pero con este fin, se compecede la realización de otro, y ese otro fin, tratándose de novelas, puede ser alguna enseñanza moral, psicológica, histórica ó científica.

El daño consistirá en invertir el orden que por razón de su importancia han de guardar estos fines, subordinando el arte á la ciencia; pues no ha de ser la Novela maestra de Astronomía, ni de Historia, como tampoco tratado de Moral.

Al exponer en este artículo las impresiones que ha dejado en mi ánimo la lectura de Angelina, manifestaré qué enseñanzas debemos al insigne novelista, que sin descubrir ninguna intención docente, ha cumplido no obstante con el precepto de Horacio:

*Lectorem delectando, pariterque monendo.*

## II

Entiendo que en el libro de Delgado hay mucho de subjetivo, y que al poner en algunos de los personajes los sentimientos más elevados y generosos, no hace más que prestarles su propia alma con su modo de ser y de sentir. Hasta llevo á pensar que

Angelina es la revelación de su vida interna y de sus dolores íntimos; á lo menos me autorizan á pensar tal cosa estas frases suyas: "Aquí concluye esta novela sencilla " y vulgar.....*He vivido otras muchas* " (que no merecen ser escritas), muy dramáticas é interesantes; pero ninguna como ésta, tan sincera y tan casta, triste " flor de mi adolorida juventud."

Veamos ahora en breve síntesis, cuál es el argumento de ese bellissimo idilio de amor.

Rodolfo, joven estudiante, huérfano y sin fortuna, sólo cuenta con el amparo de dos tías ancianas, casi tan desvalidas como él. Urgido por la estrechez en que vivían sus protectoras, vuelve á su villa natal, aun no concluída su carrera, y se propone pagar la deuda de gratitud que con ellas había contraído, subviniendo por su trabajo á las necesidades de las excelentes ancianas.

Al llegar á su casa, encuentra alojada en ella á una joven discreta y modesta al par que bella, que por sus virtudes, por su blanda condición y la jovialidad de su genio es la alegría y la joya más preciada de aquel ho-

gar. Se llama Angelina, es huérfana como Rodolfo; un sacerdote que ciñe la triple corona de la ancianidad, de la virtud y de la ciencia, ha hecho con ella oficios de padre, y deseoso de ponerla en cobro de los peligros que habría corrido en la aldea, donde él ejercía su elevado ministerio, hubo de confiarla al cuidado de la tías de Rodolfo, mientras desaparecían gavillas de gente desalmada, de las cuales había que temerlo todo. No transcurre mucho tiempo sin que los jóvenes sientan la más dulce simpatía, que al calor del hogar común, se transforma en irresistible amor.

Llega al fin el día en que Angelina debe regresar á la casa de su protector, y poco después Rodolfo parte á desempeñar un empleo á la hacienda del Sr. Fernández, excelente sujeto y padre de una joven, á quien la naturaleza y la fortuna han prodigado sus dones.

Desgraciadamente para la pobre huérfana, el corazón de Rodolfo no fué ni huerto cerrado ni fortaleza inexpugnable, y en esta ocasión se rindió á los hechizos y virtudes de la señorita Gabriela Fernández, que ya antes había vivido en Villaverde, resi-

dencia de Rodolfo y de su familia. Verdad es que al vencimiento precedieron luchas internas; pero enteramente estériles. El enamorado mancebo no por esto olvidaba á su Angelina, y de hecho existían en su alma dos afectos inconciliables.

Angelina, por su parte, con la perspicacia de mujer, y de mujer enamorada, previó que su amado no podría resistir á las gracias y atractivos de la señorita Fernández, desde que advirtió en Villaverde, cómo Rodolfo admiraba quizá más de lo justo las dotes artísticas de Gabriela que era notable pianista. Parecíale, sin duda, que poco trecho había que andar desde la admiración á la artista, hasta el amor á la mujer; mayormente siendo la mujer, joven tan bella, tan discreta y distinguida. Sus temores subieron de punto cuando supo que Rodolfo y Gabriela vivían bajo un mismo techo, y llegó á pensar que al interponerse ella entre ambos, le arrebatara al primero la ventura que podría proporecionarle la mano de la hermosa y rica heredera.

Entonces elevó sus ojos á Dios y se acogió á El, después los volvió á los pobres y á los huérfanos, y resolvió ser ángel de ca-

ridad para sus hermanos de infortunio; diciendo en diferente forma lo que el poeta mantuano en este conocido exámetro:

“Non ignara mali, miseris succurrere disco”

En la última carta que dirige á Rodolfo no puede ser más explícita. Con impondrable amargura le dice: “Al escribir estos renglones estoy bañada en lágrimas, siento que el alma se me va, porque te he amado y te amo todavía con todas las fuerzas de mi corazón; pero he comprendido que debo ser franca; que hago mal, muy mal, si fomento en el tuyo un sentimiento que te cierra las puertas de un porvenir que yo no debo malograr. . . . . Mis gustos me inclinan hacia otro lado, me llevan por otro camino. . . . . ¿A dónde? Yo misma no lo sé. Acaso á servir á los pobres, á los enfermos, á los huérfanos como yo, para quienes el mundo es un desierto.”—Por su parte, la hermosa Gabriela no advirtió ó no quiso advertir la pasión que había encendido en el corazón de Rodolfo, el cual encomendó al tiempo y á la ocupación continua el lenitivo de sus pesares.

III

La acción no puede ser más sencilla, y lo parecerá aun más, si el lector sólo se atiene á este desmañado y descarnado bosquejo; y sin embargo, no por ello se piense que la fábula esté falta de interés; al contrario permanece vivo desde la primera hasta la última línea, y ésta es la mejor prueba de las grandes dotes de novelista que reúne el Sr. Delgado.

También en la "*Muerta*" de Feuillet y en la "*Pepita Jiménez*" de Valera, por no citar otras, el plan se desenvuelve, por procedimientos sencillísimos, sin que por esto dejen de ser novelas de indisputable mérito. Sólo las que se publican por entregas, necesitan fiar el éxito de su circulación á la complicación y enredo de situaciones que estimulen la curiosidad del vulgo, para quien comunmente se escriben, y el cual no puede gozarse en los primores del estilo, ni en lo peregrino de la invención, ni en el intento del poeta realizado por procedimientos técnicos, cuyo mérito y cuya dificultad ignora

No niego que entretienen grandemente nuestro espíritu y fijan nuestra atención los lances comprometidos y arriesgados, las peripecias más inesperadas y las dificultades de todo género, que complicando la acción, nos tienen en vilo, hasta llegar al desenlace de la fábula. Pero si bien se mira, tal tensión del ánimo fatiga y atormenta, más bien que deleita, y es impresión tan pasajera, que no dura más que la lectura del libro. Mas el placer que en nosotros cause una obra de arte, ha de ser algo más consistente y ha de traer su origen de mérito más alto y más verdadero.

Y concretándonos á la Novela, no perdamos de vista que ha de reflejar como terso espejo la vida humana, reproduciendo por artística manera, el modo de ser de la sociedad en determinada época y en lugar determinado. No realizará este propósito quien emplee un procedimiento enteramente idealista, ni quien, siguiendo opuesto camino, copie los sucesos humanos con servil naturalismo. Es tendencia del arte llevarnos á un mundo mejor que éste en que vivimos; pero es también deber suyo no sacrificar la verdad á los desvaríos de imaginación ca-

lenturienta, extremando el optimismo y ofreciendo á nuestra vista ideales que por imposibles, á nadie pueden servir de estímulo, ni de ejemplo, ni de consuelo. Con mayor razón hay que desechar las desoladas ficciones naturalistas, que llevan el pesimismo, quizá tan lejos como las otras el optimismo. Los naturalistas afirman que sus producciones son frutos sazonados de la experiencia aplicada al arte, y que éste, así cultivado, viene á completar el círculo de los conocimientos positivos. Pero la verdad del caso es que esta escuela literaria no nos presenta un verdadero trasunto de la realidad. De ordinario da ser y vida á todo lo feo, á todo lo sucio y aun á lo monstruoso, y á tal punto extrema la nota, que los casos que nos exhibe, si son verdaderos, sólo tienen verdad á título de excepciones y de excepciones teratológicas. Con tan desastrado pesimismo vive en triste contubernio un determinismo desconsolador, que privando al hombre de libertad, quita al artista el recurso más eficaz y más poderoso para producir en sus obras la belleza moral.

Tampoco creo yo que todo el toque del arte consista en copiar menuda y fielmente

cuanto exista fuera de nosotros; pero ya que tan humilde fuera su ministerio, debería exigírsele que su copia no quedase trunca; y que así, no sólo representase aquello que causa desagrado, pena y aun horror; mas también lo que hay de halagador y de risueño en la naturaleza ó de noble y elevado en el espíritu humano.

Entre el optimismo idealista y el pesimismo naturalista hay el justo medio aconsejado por Goethe. “No quiere Goethe, dice D. Juan Valera, la mera imitación, ni tampoco la fantasía pura y libre, sino ambas facultades enlazadas. . . . Al que imita solamente le llama imitador; al que inventa sin imitar fantasmista; el artista y el poeta verdaderos son los que inventan imitando. Lo característico que debe entrar en toda obra de arte, lo da la inducción: es como el esqueleto, la trama ó cáñamazo de la obra; y la vida, los músculos, la sangre, el color, el bordado, vienen luego por la fantasía. De la combinación de estas cosas, nace la belleza. Artista minucioso, dibujante seco y mezquino es el que imita sólo; autor de informes bosquejos el que sólo fantasea: la perfección



“estriba en fantasear y copiar á la vez...  
“Es evidente que lo característico, lo que  
“se toma por imitación de la naturaleza,  
“puede y suele ser pasión dolorosa, acción  
“llena de tumulto y de pena, algo que en  
“la realidad lastima, hiere, mata ó aflige,  
“en vez de causar deleite. El arte al repro-  
“ducirlo y transformarlo, cambia en con-  
“tentamiento la amargura, y en calma la  
“desesperación. Así el terror y la piedad se  
“vuelven gustosos sentimientos llenos de  
“inefable dulzura. Este cambio se debe al  
“principio *suavizante* de la belleza; á la  
“gracia, á la simetría, orden y medida de  
“la forma. De aquí que para Goethe, el tí-  
“po ideal del arte en estatuaria no fuese el  
“Apolo, sino el Laoconte, donde el dolor,  
“la compasión y el espanto, están suavi-  
“zados por la gracia divina de la belleza,  
“hasta el punto de trocarse en soberano y  
“tranquilo deleite.”[1]

Este idealismo realista guió la pluma de Delgado al escribir su *Angelina*. Si los personajes de esta fábula son en todo ó en parte copia del natural, están purificados de

(1) Nuevos estudios críticos por D. Juan Valera.

las deformidades ó fealdades que el novelista no puede aprovechar en el claroscuro de sus cuadros. Si por el contrario son hijos de la fantasía, han sido ideados con tal verdad, que se confunden con personas reales á quienes vemos y hablamos todos los días. Por otra parte, trazados sus caracteres con pulso firme y seguro, jamás vacilan, siempre son idénticos consigo mismos; hablan y obran los personajes en cada situación, según corresponde á la idea que de ellos nos ha hecho formar el poeta, cumpliendo todos con el *sibi constet* de Horacio.

Aparece en primer término la simpática figura de la protagonista en quien emula la belleza del alma con la del cuerpo. Desde luego avasallan nuestro espíritu la nobleza y elevación de sus sentimientos; su admirable ecuanimidad, con que fuerte y tranquila contrasta siempre los rigores de adversa suerte, y aquel equilibrio de todas sus facultades y de todos sus afectos que imprime á su persona el sello de augusta serenidad propia del arte clásico. Circúndala como nimbo de luz la llama de amor tan puro, que más parece encendido allá en el cielo, que nacido acá en la tierra.

Rodolfo, ya lo hemos dicho, impera en su alma; huérfano y desheredado de la fortuna, llega al corazón de Angelina por la áspera senda del sufrimiento, más apropiado que la prosperidad para acercar las almas y hacer brotar en ellas el amor, á impulso de irresistible simpatía.

Hermosean su alma nobilísimos sentimientos, como el de la gratitud á sus excelentes tías y el afecto puro y sincero con que cree pagar la ternura de Angelina. Ama la virtud y el trabajo; su inteligencia es clara y cultivada, su carácter sombrío, su espíritu melancólico.

No tiene como Angelina entereza bastante para hacer rostro con ánimo sereno á su ceñuda suerte. Por más que pondere la intensidad de su amor á la hermosa huérfana, al fin resulta que su cariño no es de muy subidos quilates, puesto que casi es superado por otro afecto; y cuando Angelina pide que la olvide, porque ella renuncia al ideal de felicidad con que había soñado, amargas lágrimas surcan sus mejillas; pero á esto se reduce todo, y ni aun intenta que su amada desista de resolución para él tan desastrosa. Pecado grave que justifica la determi-

nación de la protagonista; pero que si ofende á ésta, no daña, según yo entiendo, al mérito artístico de la novela, pues así se ve cuán fundados eran los temores que más de una vez mostró Angelina, cuando entreveía que su amor no sería coronado por un término dichoso. Por otra parte, es exigencia estética que en todo cuadro contraste la luz con la sombra, y ésta debía proyectarla Rodolfo, á fin de que la heroína quedara siempre en primer término.

El dibujo y colorido de todos los otros personajes son de mano maestra; pero, si no me equivoco, es insuperable el retrato del honradísimo dómine D. Román, tan pagado de sus clásicos latinos, tan reñido con los románticos y con los pseudoliteratos y pseudocríticos villaverdinos.

No es de menor mérito el del Lic. Castro Pérez, que se cree gran abogado y aun hombre omnisciente. El tono de superioridad y de suficiencia con que siempre habla, da á su persona cierto tinte cómico de que tampoco está exento el bueno de D. Román.

Con frecuencia aparece en la novela una figura nobilísima. Es una especie de Providencia que siempre acude en las circunstan-

cias más afictivas de Rodolfo y de sus tías para hacerles cuanto bien puede. Quien haya leído la novela, tendrá ya en los labios el nombre del honrado Andrés, antiguo criado de aquella familia y raro ejemplo de adhesión y de lealtad. Como es natural, el autor sólo esfuma y bosqueja á personajes como Ricardo Tejeda, Porras y el P. Solís que desempeñan papel muy secundario.

Algo más se detiene, al darnos á conocer al P. Herrera, protector de Angelina; á la tía Carmen y á la tía Pepa, excelentes señoras que ven en Rodolfo un hijo más bien que un sobrino.

Los personajes debidos á la fantasía de Delgado no sólo resultan bien determinados por la corrección y precisión de sus líneas, sino llenos de animación y de vida por la fuerza y verdad del colorido. Y esta es la ocasión de notar que si la acción de la fábula no es complicada, según ya hemos observado, tampoco son muy complexos los caracteres que en ella aparecen. Pocos rasgos le bastan para individuar á cada una de las figuras que coloca en su escenario, combinando las cualidades más generales

y comprensivas con otras del todo individuales. Con sólo las primeras habría creado tipos abstractos, ya de honradez, ya de abnegación ó ya de amor intenso y acendrado; pero entretejiendo con éstas, otras peculiares de cada personaje, ha dado ser á creaciones de su fantasía en quienes ha hecho que encarnen sus ideales. Esta rara habilidad para producir grandes efectos artísticos con el menor número posible de elementos, es cualidad concedida sólo á maestros consumados, notables por su talento observador y su poderosa fuerza de concepción.

Los seres ficticios ideados por Delgado deben gran parte de su carácter realista á la maestría con que maneja el diálogo el insigne novelador. Constantemente evita dos extremos igualmente peligrosos: el discreto académico y alambicado que tanto se aleja de la naturalidad, y la vulgaridad y grosería del lenguaje rudo que ponen algunos en boca de la gente zafia, so pretexto de copiar la realidad. Andrés mismo, el antiguo criado de Rodolfo, con ser tan inculato, no habla nunca la jerga propia de las personas de su clase, sin que por esto su

lenguaje deje de ser natural y acomodado á su carácter y circunstancias.

Las cartas de Angelina y sus conversaciones deleitan y enamoran por su sencillez inimitable y por cierta candorosa ingenuidad casi infantil que demuestra el estudio concienzudo hecho por Delgado de la pasión amorosa que subyuga á la protagonista. Esas conversaciones y esas cartas descubren en él al psicólogo que conoce los senos más recónditos del espíritu humano, y que sabe expresar tales reconditeces con el lenguaje de la pasión, con ese lenguaje que ni se aprende en las aulas, ni se acendra y lima en las academias, sino que nace espontáneo en el corazón, y espontáneo, tierno y elocuente brota siempre de los labios.

En el estilo de Delgado se adunan invariablemente la fuerza de expresión y la espontaneidad con la serenidad y la transparencia. Su frase es siempre diáfana como el cristal y los sentimientos que por ella expresa quedan hondamente grabados en nuestra alma. Dan mayor realce á estas cualidades la tersura, propiedad y corrección de lenguaje. Es verdad que alguna vez,

ocupado su espíritu por las bellezas naturales que describe, no pára la atención en ciertas exigencias lexicológicas, y da cabida á palabras que aun no la tienen en nuestro diccionario. Esto no significa que deba condenarse toda voz no contenida en ese libro; por completo que se suponga un vocabulario, siempre resultan estrechos sus límites, para encerrar una lengua que á la continua adquiere voces nuevas ó nuevas acepciones para palabras ya admitidas. En todo idioma sucede que al lado de neologismos vitandos, hay otros legítimos, necesarios y bien formados que lo enriquecen y subvienen á las necesidades siempre crecientes de las artes, de la industria y de las ciencias. Con tales neologismos muy bien se compadecen la pureza y la elegancia del lenguaje. Delgado, que en todo es artista, no descuida tampoco en su obra el género de belleza que de esas cualidades resulta.

Hay poetas que enamorados de los primores del estilo y de la belleza plástica, sólo rinden culto á la forma, y excluyendo el sentimiento, producen estatuas duras como el mármol y como el mármol frías.

Otros hacea algo peor: pertenecen á una

escuela escéptica y pesimista que, no creyendo en nada bueno y generoso, han reemplazado los afectos que santifican y ennoblecen el alma, con sensaciones candentes que la entenebrece, mancillan y conturban.

El autor de Angelina por el contrario, cree firmemente en la virtud, y por esto ha sabido representarla con tan hermosas tintas. Sus facultades poéticas se hallan perfectamente equilibradas, y así nos explicamos que su lozana imaginación y poderosa vena descriptiva no sequen la fuente del sentimiento, que es en él á un mismo tiempo profundo y delicado. El amor que hermosea el alma de Angelina nació en las regiones plácidas y serenas del espíritu, y libre de toda levadura sensual fué para ella luz, perfume y armonía.

El afecto de Rodolfo menos intenso y menos firme, es sin embargo, nobilísimo; para poder aquilatarlo, cedamos la palabra á él mismo, pues nadie mejor que él podrá darnoslo á conocer: "El amor que Angelina me inspiraba no era ese que nos promete dichas y venturas, lisonjeando nuestra vanidad, halagando nuestro orgullo y

"despertando risueñas esperanzas; ni ese otro abrasador, apasionado que nos encadena á las plantas de soberbia beldad, sumisos á su capricho, esclavos de su hermosura; desesperados, si nos desdeña, locos de felicidad, si nos favorece con una sonrisa. No, era purísimo y desinteresado afecto, sentimiento de profundo dolor, que sólo parece traer desgracias, que nace y vive para llorar, y que libre de sensual impurezas es una eterna aspiración al cielo. Amaba yo á Angelina, la amaba con toda el alma, y no por hermosa, sino por buena y desgraciada. Creía yo que mi madre bendecía desde el cielo aquellos amores castos, puros, immaculados como el lirio silvestre que abre su nítida corola al borde de un abismo, entre los iris de espumosa cascada, allí donde no ha de tocarla la mano del hombre. Amaba yo á Angelina, y quería yo ser digno de ella, para que la pobre huérfana compartiera conmigo sus desgracias y su orfandad y tuviera en mí un amigo, un hermano, un compañero de infortunio."

Delgado no sólo sabe pintar la vida íntima del alma, también ejercita su pincel, po-

niendo á nuestra vista los cuadros más bellos de la naturaleza, ricos de luz y de colorido ó los no menos bellos que nos representan el hogar de una familia honrada. ¡ Cuántas veces nos conduce el autor hasta la pobre y humilde casa de Rodolfo, para que allí presenciemos la vida de su excelente familia; vida ejemplar santificada por el trabajo y la virtud y purificada por el dolor y la resignación!

Las descripciones siempre interesantes con que frecuentemente recrea nuestro espíritu, detienen á veces la acción de la novela, en cuyo caso el pintor perjudica al narrador; pero el que lee, hechizado unas veces por la suavidad de las tintas, maravillado otras por la pompa y magnificencia del espectáculo, descrito y halagado siempre por la verdad admirable del cuadro, tal vez no advierte que decae el interés de la fábula. Un severo preceptista quizá aconsejaría á Delgado que pintara menos y que narrara más, ó que narrara más de prisa; yo, que soy simple lector, no tengo ni autoridad, ni valor para dar semejante consejo.

Por otra parte, el novelista compensa la lentitud relativa de la acción con la rapidez

del desenlace. Cuando el lector sigue con más intensa atención la marcha de los acontecimientos, el nudo se desata por inesperada manera, y el telón cae de improviso.

La solución no por inesperada carece de antecedentes: los tiene cumplidos en los sentimientos de dignidad y delicadeza de que ha dado Angelina frecuentes pruebas; en su solícita caridad al asistir y consolar á los enfermos, y de ella dió clara muestra, cuando prodigó tan tiernos cuidados á la tía Carmen; en la versatilidad de Rodolfo la cual no se escondía á nuestra protagonista: pero sobre todo, lo que explica su conducta es la elevación y magnitud de su amor, por el cual sacrifica su propia dicha en aras de la de Rodolfo.

La novela, como se ve, no es trascendental, ni docente; su autor afirma que "sólo aspira á divertir;" mas á pesar de que Delgado no alardea de profundo pensador, ni de maestro y pedagogo de la sociedad, su obra escrita sin intención de ejercer ningún magisterio, enseña mucho y muy bueno. En ella, no sólo hay elementos estéticos, los hay también éticos; ahora bien desde el momento en que aparecen tales elementos

en la novela, cualquiera que ella sea, para el lector no puede ser indiferente el uso que de ellos se haga. Desde luego procura inquirir cuál es el criterio moral del poeta, cuál el espíritu que informa á su obra, y á qué cánones ajustan su conducta los personajes que mejor dejan transparentar las doctrinas, tendencias y sentimientos del autor. Este, sin intentarlo, ó al menos sin decir que lo intenta, forzosamente se ve en el caso de resolver gran número de cuestiones que les salen al paso á sus personajes; y de estas cuestiones, unas serán religiosas, otras morales, otras tal vez políticas; de esta suerte sin pensarlo y aun sin quererlo tiene que ser maestro en muchas y diversas disciplinas.

De Rafael Delgado puede afirmarse en breve síntesis lo que se ha dicho de Richardson: "enseña al corazón humano á moverse dentro del círculo de la virtud." En las páginas escritas por Delgado, alienta y vive el espíritu cristiano, engendrador de todo linaje de bellezas artísticas, y con esto da ejemplo de noble independencia y garantía de criterio sano, amplio y elevado. Este ejemplo es también útil enseñanza.

La lectura de Angelina es además para nuestro corazón bálsamo consolador. Los modelos de virtud que nos ofrece, y los nobilísimos sentimientos que pone en algunos de sus personajes, nos causan íntimo gozo, porque como esos personajes son tan verosímiles, que se confunden con personas reales, adquirimos ó robustecemos la convicción de que el hombre no es siempre la bestia humana aquejada de heredada é incurable neurosis, como se ha dado en asegurar, sino un ser libre y responsable de sus actos, que á veces puede acercarse al ángel mismo, como ha dicho en alguno de sus salmos uno de los mayores poetas bíblicos.

Si estas enseñanzas que se sacan de la novela de Delgado no son nuevas, sí son de gran provecho y consuelo, con lo cual basta, para que ese libro, sea algo más que una obra de puro entretenimiento.

